

Hablar bien, hoy, sobre los Venturi no es lo que era, pues ha perdido gran parte de su riesgo. En efecto, escribir sobre el padre de la Arquitectura Postmoderna es referirse a una batalla ganada.

Y a la segunda frase ya me he liado, puesto que presupone:

- a) *que la arquitectura postmoderna existe*
- b) *que está ganando, y*
- c) *que Robert es su padre.*

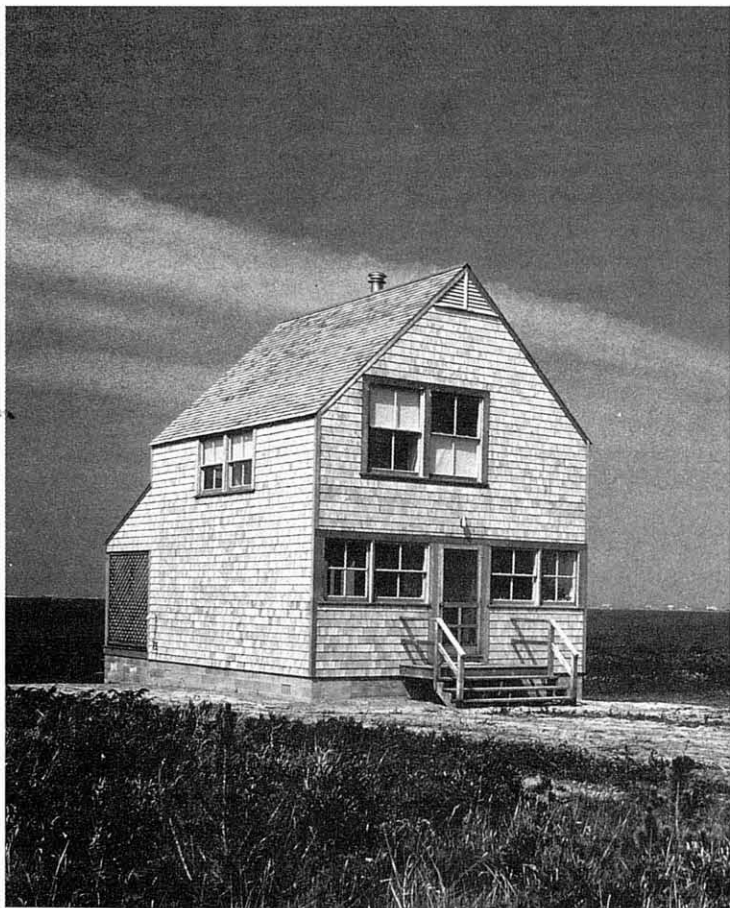
Dejando al margen lo más o menos afortunado y preciso del término «Arquitectura Postmoderna», lo mejor que se me ocurre para demostrar que existe es lo mucho y mal que se habla de ella.

Está ganando a pesar de que la modernidad acostumbrada a medrar durante muchos años, no ceda fácilmente. Pero está tocada de muerte, aunque en el estertor de su agonía se nos lleve a alguno por delante. Muchos jurados la temen o respetan (basta recordar el magnífico proyecto de los Venturi en el concurso para el Museo de Artes Aplicadas de Frankfurt, dejado de lado por uno de Richard Meier con su ligero giro incluido), muchas y prestigiosas revistas le son fieles, los gobiernos «progres» como el español la colman de honores, pero algo en el aire denuncia que esto se está acabando.

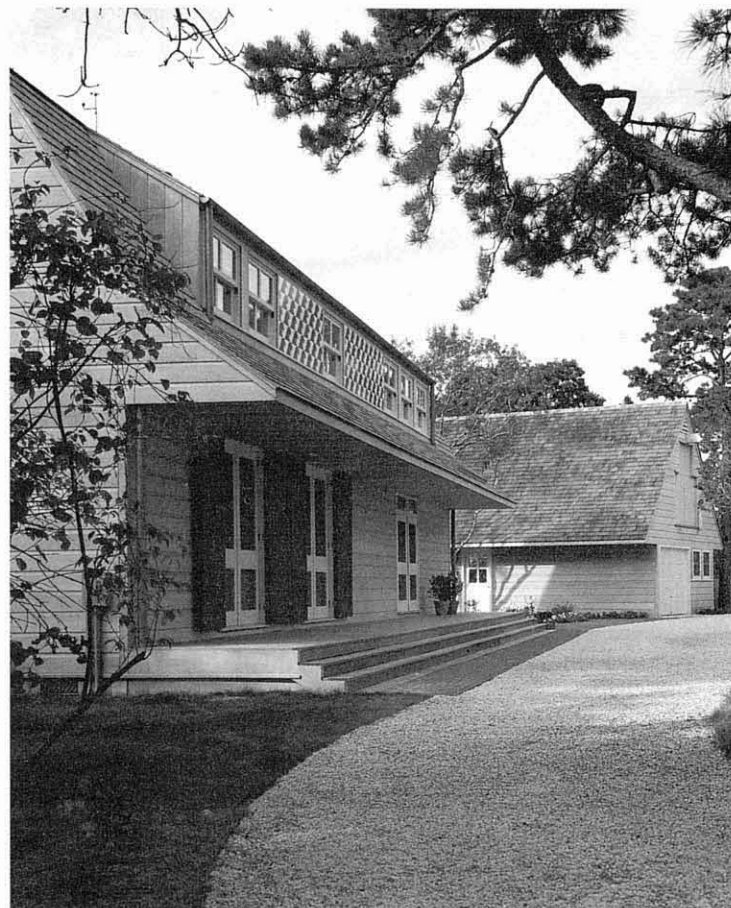
La situación de la Arquitectura Post cada vez la encuentro más semejante a la de la Nouvelle Cuisine. Su popularidad ha sido tan arrolladora que ya nadie enterado habla bien de ellas, no se aprecia lo que han aportado de nuevo, ningún profesional quiere encuadrarse en estas capillitas y todo parece producto de la moda y la frivolidad. Para dar raciones pequeñas y poner unas cuantas columnitas no hacía falta tanto bombo. Pero mucho me temo que el mal ya está hecho, ningún gran chef ha sido inmune al contagio; ni La Tour d'Argent se ha resistido a incluir alguna mousseline o ensalada templada en su carta. Ha habido muchos excesos y alegrías, muchos seguidores oportunistas, pero tendrá que pasar mucho tiempo para que se vuelvan a ver pesadas salsas espesadas con harina... o arquitectos contestar al cliente que solicita una chimenea que para qué la necesita si ya tiene calefacción central.

En cuanto a que Robert sea el padre, ya se sabe que la paternidad de una sensibilidad colectiva es cuestión indescifrable. El cansancio de la catequesis moralizante del Movimiento Moderno indudablemente estaba en el aire. No podemos olvidar, aunque lo haga Tom Wolfe en su divertidísimo libro *¿Quién teme a la Bauhaus feroz?*, la tremenda irreverencia de los italianos que publicaba en los años 60 la revista Casabella. El escándalo que provocaron estos arquitectos en algún congreso del CIAM fue sonado y aún puede relatarlo con precisión un testigo presencial, Federico Correa. Sin embargo, hoy, muchos recordamos con admiración a algunos de aquellos disidentes: Gardella, Albini, Rogers... y los mismísimos Gabetti e Isola protagonistas del ridiculizado Neo Liberty. ¿Quién se acuerda de los preservadores de la llama sagrada, Candilis, Woods y otros que ni yo recuerdo? Además, en el caso de los italianos, a la actitud teórico-liberizadora, formada magistralmente en los editoriales de Ernesto Rogers en Casabella, se unió la calidad indiscutible de alguna de sus obras, (cosa que aún está por ver en la Arquitectura Post). Pero aún reconociendo el peso de la aportación italiana y de algún independiente inspirado en la arquitectura popular, el Movimiento Moderno continuaba imponiendo su ley, que aunque hoy algunos pretenden negar que fuese dictatorial, personalmente creo que cuanto menos sí tuvo el más absoluto desprecio por los deseos y gustos del usuario, además de un afán redentorista irritantemente paternal. Nuestras ciudades puede haberlas destrozado la especulación privada, aunque en las sociedades en que ésta no existe el desaguisado es sospechosamente muy parecido, pero la Carta de Atenas suministró un oportuno alibí teórico.

En esta atmósfera, a finales de los 60, Xavier Sust empezó a hacer referencia a un tal Robert Venturi: la lectura del *Complexity* y de un artículo sobre Las Vegas fue para mí un auténtico flechazo. Robert, como todos los grandes artistas,



Casas Trubek y Wislocki en Nantucket.



Casa Petrie, Long Island. New York.

conseguía poner en limpio y hacer transmisibles una serie de ideas que muchos confusamente intuíamos.

Para Lluís Clotet y para mí fue un impacto que ha marcado nuestra obra hasta hoy.

En 1970, con motivo de una visita a Estados Unidos, un grupo de amigos tuvimos la oportunidad de visitar a Robert en Filadelfia (ahora recuerdo que fue en el mismo viaje en que un prometedor joven de Princeton nos enseñó su única obra, la ampliación de un cuarto de juegos, donde, como suele ocurrir, no pudimos entrar dado el estado al que habían llegado las relaciones entre arquitecto y clientes. El arquitecto era Michael Graves). Robert nos recibió en su estudio con gran amabilidad, pero para nuestra sorpresa, aquel personaje mundialmente famoso por su desfachatez y desobediencia, aquel que respetaba los gustos populares y el consumo, aquel defensor del capitalismo resultó ser un sencillo profesor que trabajaba con dificultades en un modestísimo estudio. Tuve la impresión de que en sus repetidas visitas a Las Vegas difícilmente Robert y mucho menos aún Denise podían haber cedido a la tentación de jugarse un dólar en un tragaperras.

En aquella visita Xavier Sust sugirió la publicación de un libro que agrupase algunos de sus artículos. Robert y Denise se mostraron entusiasmados, nos suministraron material inédito y decidieron el título *Aprendiendo de todas las cosas*. Fue su primer libro en castellano, y como tal no existe en otra lengua. Para esta publicación de la que se han agotado varias ediciones redacté una desenfadada solapa.

Años más tarde, Denise y Robert fueron invitados a Barcelona por el Colegio de Arquitectos a dar una conferencia. Aceptaron a pesar de que ya entonces solían contestar a las invitaciones de las múltiples universidades proponiendo que en vez de conferencias les encargaran algún «edificito». Consultaron la posibilidad de disponer de un pequeño apartamento en la Costa Brava para pasar unos días en la playa junto a la madre de Denise. Al final Robert no pudo venir por hallarse enfrascado en el proyecto de un hotel en Atlantic City y la conferencia la dio su esposa y colaboradora, a quien acompañamos en alguna visita a la ciudad. Aquella ocasión me reafirmó en la opinión que tenía sobre ellos; a los Venturi se les pueden encontrar otros defectos pero si algo les sobra es seriedad y coherencia.

Ahora que los amigos de Quaderns me enseñan material de obras recientes pienso que, además, tienen destellos de grandes artistas. Rafa Moneo dice que los ve más brillantes en proyectos de gran dimensión, como el edificio de Matemáticas en Yale, pero las casitas de la playa en Nantucket, la popular blanca frente al mar, en Tuckers Town, o la deliciosa Petrie House, que se publica en este número, creo que van a quedar como puntos de referencia de la Arquitectura Contemporánea y ¡oh! excepción, deben gustar mucho a sus propietarios.

A medida que esta valoración va siendo compartida se pretende hacer creer que nunca existió una oposición seria a los aires de libertad que trajeron los Venturi, cuando a mí me parece recordar auténticas crisis históricas.

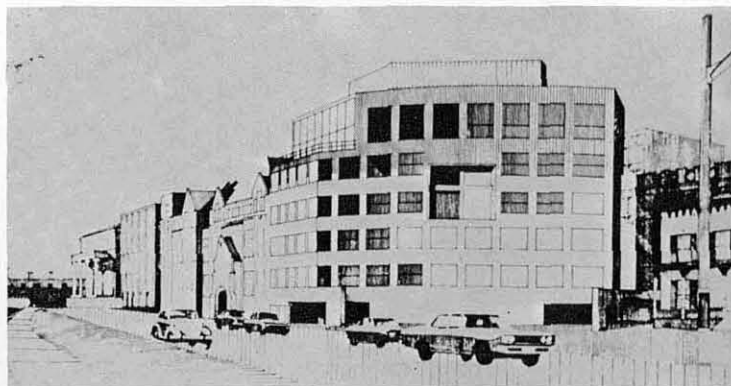
Pocos recuerdan las opiniones de dos de nuestros más prestigiosos arquitectos al regreso de su primer viaje a Estados Unidos. El *bluff* de los *yankees* comenzaba en Frank Lloyd Wright, se hacía evidente en Louis Kahn y risible en su supuesto mejor alumno llamado Venturi.

Cuando fui invitado a una *Summer Session of Design* en Londres, su principal organizador me pidió que le sugiriera algún arquitecto extranjero para invitar en próximas ocasiones. Al nombrar a Venturi, sonrió británicamente y dijo: ¡Ah!, pero esto del Pop está muy pasado».

En su polémica con los Smithson sobre Lutyens fueron definitivamente encuadrados como los representantes del camino equivocado, los cabecillas de los niños malos traidores al Movimiento. Menos mal que Denise es gran fajadora y se revuelve con valentía.

Su primer libro no fue publicado en España hasta el año 1972, seis años después de la edición original, y en Francia mucho más tarde, a pesar de que desde hacía años, era uno de los arquitectos más admirados, aunque lógicamente menos copiados, ya que siempre es mucho menos asimilable un eclecticismo ambiguo que el repertorio de formas extraídas de un juguete de construcción.

Edificio de Matemáticas en Yale.



Casa en Tuckers Town.



Pero no se piense que esta oposición se circunscribe a la vieja Europa. La reacción del *establishment* americano no fue menos airada. Ahí quedan las violentas polémicas con Kenneth Frampton por ejemplo. Si esta agresividad ha ido remitiendo lo atribuyo a que los Venturi ya no son los únicos a regañar. En efecto, el grupo de disidentes va creciendo y aparecen personajes mucho más vulnerables. El Postmoderno incluso va tomando unos derroteros de desmadre no previsto ni deseado por sus progenitores. Ya se sabe que uno no puede responsabilizarse de las locuras de sus niños, que han llegado a faltar al respeto a los Grandes Maestros del Movimiento; cosa que en modo alguno puede agradar a los Venturi, que en el friso del comedor de su casa, con fina letra romana, han hecho rotular los nombres de los arquitectos admirados. Allí, entre Miguel Angel, Palladio, Luthyens y otros, aparece sorpresivamente Le Corbusier...

Learning from Venturi

OSCAR TUSQUETS

To speak well of the Venturis today is not what it used to be, for it has now lost most of its riskiness. Indeed, to write about the father of Post-Modern Architecture is to discuss a battle already won.

With my last statement, I may already have gone too far for some people's tastes, for it means that:

- a) *Post-Modern Architecture exists,*
- b) *it is winning out, and*
- c) *Robert is its father.*

If we now disregard the more or less fortunate and precise character of the term «Post-Modern Architecture», I believe that the best proof of its existence is the great deal of debate which it arouses and all the bad things that are said about it.

It is winning out, even though Modernity, which has thrived for many years, does not give way easily. Modernity is mortally wounded, but it may yet take some of us with it, even amidst its agony. Many juries fear it or respect it (we need only recall the Venturis' magnificent project in the competition for the Applied Arts Museum at Frankfurt, put aside by Richard Meier for one with its slight turn and all), many highly respected journals show loyalty to it, and «progressist» governments, like Spain's, heap honours upon it. But something in the air says that this is all coming to an end.

I find that the situation of Post-Modern Architecture increasingly resembles that of the «Nouvelle Cuisine».

They have achieved such overwhelming popularity that no one who knows anything will speak well of them. No one admits that they have contributed anything new, no one wants to join the ranks of their followers, and they are made out to be mere fashions and frivolities.

People say that there was no need to have made such a fuss over

small helpings and a few little columns. Be it as it may, I very much fear that the harm has already been done, and no great chefs have resisted the blight of such criticism: not even La Tour d'Argent has been able to resist including some mousselines and warm salads in its menu. There have been many excesses, much joyousness and many opportunistic followers, but a long time will elapse before heavy sauces thickened with flour will be seen again... or before architects reply to a client requesting a fireplace: «Why? You already have central heating...»

As far as Robert's being the father is concerned, it is generally known that the paternity of a collective sensitivity is an indecipherable matter. The fatigue induced by the moralizing catechism of the Modern Movement was clearly in the air. We cannot forget, even though Tom Wolfe does so in his highly amusing book «From Bauhaus to Our House», the tremendous irreverence of the Italians responsible for publishing the magazine «Casabella» in the Sixties. Those architects caused a resounding scandal at several CIAM congresses, just as can still be testified today by an eye-witness of those events: Federico Correa. Many of us still recall some of those dissidents with admiration: Gardella, Albini, Rogers... and even Gabetti and D'Isola, protagonists of the ridiculised «Neo-Liberty». Who remembers the keepers of the sacred flame: Candilis, Woods and others whose names now escape me? Moreover, in the case of the Italians, the theoretical-liberalising attitude so masterfully expressed in Ernesto Rogers' editorials in «Casabella» combined with the undeniable quality of their works (which is something yet to be seen in Post-Modern Architecture). But even admitting the significance of the Italian contribution and of that of some independents inspired on folk architecture, the Modern Movement continued to impose its rule. Today, some say that this was not a dictatorial rule, but I myself believe that, to say the least, it showed

the most complete lack of respect for the wishes and tastes of users, in addition to an irritatingly paternal will to impose its own brand of salvation. Our cities may have been destroyed by private speculation, although a suspiciously similar outrage is to be found in societies where there is no such speculation, but the Charter of Athens provided a fitting theoretical alibi for it.

In this atmosphere, at the end of the Sixties, Xavier Sust began to mention a person called Robert Venturi. For me, the book «Complexity» and an article on Las Vegas were genuine revelations. Robert, like all great artists, knew how to clearly and intelligibly express a series of ideas which many of us could only obscurely intuit.

On Lluís Clotet and me, Robert made an impact which has marked our work up to this day.

In 1970, in the course of a trip to the United States, a group of friends and I had the chance to visit Robert at Philadelphia. (It now occurs to me that this was the same trip on which a promising young Princeton graduate showed us his only piece of work — the enlargement of a game room, which we were unable to visit because, as so often happens, the architect-client relations had reached such a state that we were prevented from doing so. The architect was Michael Graves). Robert welcomed us at his studio in a very friendly way and, to our surprise, the figure who was world-famous for his impudence and disobedience, the man who respected ordinary people's tastes and consumption, that defender of capitalism, turned out to be an easy-going professor who carried out his work under no few difficulties in a very modest studio. I had the impression that it was very unlikely that Robert and much less Denise, on their repeated visits to Las Vegas, could have ever given in to the temptation to gamble away even a dollar in a slot machine.

On that visit, Xavier Sust suggested the possibility of publishing a book which would gather some of Robert's articles. Robert and Denise were enthusiastic about the idea. They gave us some unpublished material and decided on the title of the book: «Aprendiendo de todas las cosas» (Learning from Every Thing). It was their first book in Spanish, and it does not exist in other languages. I wrote a carefree note for the dust jacket of the book, which has already gone through several printings. Some years later, Denise and Robert were invited to Barcelona by the Architects' Association to give a conference. They accepted despite the fact that, already then, they usually replied to the invitations which they received from so many universities by proposing that, instead of conference, they be commissioned the project for some little building. They enquired about arranging for a little apartment on the Costa Brava to spend a few days at the beach with Denise's mother. In the end, Robert was impeded from coming by his work on the project of a hotel for Atlantic City, and the conference was given by his wife and collaborator, Denise, whom we accompanied on some visits about the city. On that occasion, my opinion of the Venturis was strengthened: they might have some defects, but they had more than their share of conscientiousness and coherence. And now that my friends at «*Quaderns*» have showed me some material on recent works of the Venturis, I find that they moreover show

sparks of artistic genius. Rafa Moneo says that he finds them most brilliant in large-scale projects, such as the Mathematics Building, in Yale, but the small beach houses with their popular whites against the sea in Nantucket or the delightful Petrie House which is published in this issue will become, in my opinion, reference points of contemporary architecture. And, surprisingly enough, they will probably be well-liked by their owners.

In step with the growing appreciation of the Venturis' work, an attempt is being made to spread the belief that no serious opposition ever really existed to their spirit of freedom, even though I seem to clearly recall some genuine fits of hysteria on their account.

Few now recall the opinions of two of our most renowned architects upon their return from their first trip to the United States. They said that the Yankees' bluff began with Frank Lloyd Wright, becoming obvious with Louis Kahn and laughable in his purportedly most outstanding pupil, Venturi.

When I was invited to a Summer Session of Design at London, the chief organizer of the programme asked me to suggest the name of some foreign architect to be invited on coming occasions. When I mentioned Venturi, he gave me a very Britannic smile and exclaimed «Oh!, but isn't all this Pop business quite a thing of the past?».

In their polemic with the Smithsons on Luthyens, the Venturis were definitively labelled as representatives of the wrong path, the ringleaders of the naughty children who were treasonous to the Movement. Fortunately, Denise is a born fighter and faces up to such situations courageously.

Venturi's first book was not published in Spain until 1972, six years after its first American edition, and it did not appear in France until much later, even though he had been one of the most admired architects there for many years. Admired, yes, but not imitated, since an ambiguous eclecticism is much more difficult to assimilate than a repertory of forms from a toy construction kit.

It should not be thought, however, that this opposition was limited to the Old World. The reaction of the American establishment was no less vehement. A good example of this were the violent debates with Kenneth Frampton. I attribute the decline in this aggressiveness to the fact that the Venturis are no longer the only ones to scold. Indeed, the group of dissidents is steadily growing and much more vulnerable figures are appearing among its numbers. Post-Modern Architecture is even following some courses of commotion which had never been envisaged or desired by its parents. We all know that we cannot hold ourselves responsible for the follies of our children when they come to disrespect the Great Masters of the Movement. However, this is something that may even be pleasing to the Venturis to a certain extent. On the dining room frieze of their home, in fine Roman lettering, they have inscribed the names of their most admired architects. Surprisingly, there amidst Michelangelo, Palladio, Luthyens and others, appears Le Corbusier...

OSCAR TUSQUETS